

CARTA SÉTIMA.

SUMARIO: Otra historia de un avaro muerto recientemente. —Precaucion ridícula.—Dureza de corazon.—El lujo, consecuencia de la concupiscencia de los ojos.—Desorden muy culpable.—Algunos ejemplos de lujo.

QUERIDO AMIGO :

Echar sobre sí mismo el ridículo por la violacion voluntaria de alguna de las leyes sociales, es una desdicha, una culpa y un castigo. El avaro desafía á la opinion; pero la opinion se venga por los epítetos que aplica á la avaricia. Hay uno, entre otros, que, como ya lo hemos dicho, se encuentra en todas las lenguas: *sórdida*. En prueba de que lo merece, contemos otra historia.

Muchas veces habrás ido de París á Versalles por el ferro-carril del lado izquierdo. Un poco antes de llegar á Sevrés, has visto en la orilla de la vía una elegante casita con su cerca y jardín. La construyó, hace unos treinta años, un negociante de París, que en la primavera principalmente iba allí una ó

dos veces por semana á pasar el día con su familia y amigos. Según todas las señales, debía el hombre gozar de una fortunita regular.

Hace diez años que vendió los géneros y se retiró á su casa de campo. Por allí no se le llamaba sino Monsieur el Jorobado. Es que, en efecto, tenía en la espalda una prominencia bien convexa, que no presentaba precisamente la forma esférica de una verdadera joroba, pero que era, sin embargo, bastante saliente para no poderse disimular.

En el tiempo en que edificó la casita, el señor Jorobado no tenía esta enfermedad de la joroba, que le había sobrevenido, según decía, á consecuencia de una caída. Vivía aislado con una criada vieja, y no quería recibir sino muy de tarde en tarde á su hijo Alfredo, dependiente en una casa de comercio de París, porque las visitas de éste le ocasionaban gastos que no podía costear. Cuando Alfredo le replicaba que debía de ser rico, el señor Jorobado respondía invariablemente que, en efecto, cuando se retiró del comercio podía reunir unas 15.000 pesetas de renta; pero que había caído, como tantos otros, en la tentacion de jugar á la Bolsa, y se había arruinado casi completamente, no

quedándole sino lo puramente preciso para vivir con la mayor economía.

Después que se le murió la mujer, el señor de la joroba se mostró más avaro todavía que antes. Suprimió el perro y los pajarillos que tenía, porque se gastaba demasiado en mantenerlos. Su sobriedad era extrema. Más de una vez su vieja criada, Juanita, le había amenazado con irse de casa por no poder sobrellevar unas comidas tan penitentes. El Monsieur no salía más que una vez cada dos ó tres meses para ir á París á poner mano, como él decía, en sus *pequeñas rentitas*.

El día 1.º de Setiembre murió casi de repente. Alfredo, avisado por la criada, acudió al punto, y casi al mismo tiempo llegó el médico encargado de examinar el cadáver.

Descubriendo el pecho del muerto, observó dos fajitas de lana, que se cruzaban por delante del pecho y pasaban por los hombros á las espaldas. Siguiendo su reconocimiento, el doctor descubrió que las tales fajas sostenían una especie de saquete de franela en medio de la espalda. Este saquete formaba la prominencia que hacía aparecer jorobado al antiguo negociante. Abrióse el saco, y con gran sorpresa de los presentes se vió que la supuesta joroba contenía *doscientas cincuen-*

ta mil pesetas en billetes de Banco, acciones de ferro-carriles y otros valores.

Michás adoraba á sus dioses secretamente por temor de perderlos; el Monsieur jorobado los llevaba áuestas. Constituídos en parte integrante de su persona, con él viajaban y con él dormían. Hasta el postrer instante de su vida les dió culto deformándose, mintiendo, imponiéndose á sí mismo y á los demas penosísimos sacrificios. ¿Qué te parece? El señor Jorobado merecía sin duda un privilegio de invencion, pues en materia de desconfianza personifica en el más alto grado el genio de la avaricia.

Si el avaro no entierra sus tesoros, los convierte en lujo. Este segundo desorden es más frecuente, pero no ménos culpable que el primero. Ambos son hijos del egoismo: en uno y otro el hombre se hace su Dios. Víctima de la concupiscencia de los ojos, ambiciona todo lo que brilla, y lo quiere á toda costa: á costa de su tranquilidad y sus afeciones de familia; á costa de su propia salud, que gasta en viajes, en especulaciones y agitaciones incesantes, y aun á costa de su vida, que se gasta prematuramente, como una vela encendida por ambas puntas.

Lo quiere á costa del sudor y trabajo for-

zado de los artífices de su fortuna, que no conocerán día de descanso; á costa de las costumbres y fe de los mismos, que las perderán, sea porque ven el escándalo que les da el amo, sea en la atmósfera moralmente pestilencial de sus oficinas, obradores y talleres.

Lo quiere á costa de los sufrimientos y la miseria pública; sus entrañas son crueles: *Viscera impiorum crudelia*. «Pobres, enfermos, viejos, huérfanos, desvalidos, quien quiera que seais, no tenéis ni vestido con que cubriros, ni pan que llevaros á la boca, ni leña para calentaros, ni medicamentos, ni quien os cuide, ni ampare. Que os planten en la calle á vosotros y á vuestros tiernos hijos, y os vendan á vil precio vuestros pobres muebles para pago del alquiler; que la necesidad arrastre vuestras hijas á la deshonra y á vosotros al suicidio: nada de eso me importa ni me hace mella. Yo doy mejor empleo á mi fortuna.

»Necesito oro y plata, y en abundancia. Necesito posesiones y más posesiones. Necesito tener casas suntuosas en la ciudad y en el campo. Necesito que mis habitaciones estén doradas y tapizadas de seda. Necesito de muebles, en los cuales la perfeccion de la for-

ma compita con la riqueza de la materia. Necesito de blandas alfombras y pavimentos de mármoles raros. Necesito joyas de pedrería engastadas en oro.

»Necesito la lencería más fina, los encajes más caros, las telas más ricas. Necesito cajas de plata. Necesito caballos de lujo y coches vistosos. Necesito objetos de arte, bronce, estatuas, cuadros, que el precio de uno solo bastaría para mantener largo tiempo á una familia pobre. Necesito, en fin, para mí, para mi mujer, mis hijos é hijas, mil cosas inútiles, de gran precio, buenas únicamente para llamar la atención y halagar la vanidad»¹.

Para que no se me acuse de pintar un cuadro á capricho, voy á citarte algunos ejemplos, cuya autenticidad me consta, del lujo insensato que fascina y devora á los esclavos de la segunda concupiscencia.

Un pañuelo de bolsillo, 4.000 rs.; un par de

¹ «Avarus re ipsa dicit: Rodat tineæ et non comedat pauper. Absumat vermi, et nudus non induatur. Omnia tempore consumantur, et Christus non pascatur». (S. Chrys., Hom. xxxvii, Ad pop. antioch.) «Horrea et cellaria et stabulæ, et grangiæ, et arcæ, et scrinia, ventres sunt avarorum, et erescens pecunia, erescit et venter avari». (Hug. Card., Sup. Eccles., c. v.)

pañños, 4.000 rs.; un cepillo para el pelo, 400 reales; un peine, 1.200 rs.; unas chinelas para señora, 800 rs.; un cubrepíe para la cuna de un niño, 4.800 rs.; una docena de gorros de dormir, 3.840 rs.; un vestido de bautizar, 2.400 rs.; una camisa de novia, 14.000 reales; una camiseta de dormir, 20.000 rs.; una pañoleta de encajes, 10.000 rs.; un velador de madera, 40.000 rs.; una sombrilla, 40.000 reales; un vestido, 56.000 rs.; otro vestido regalado á una dama por su marido, 88.000 reales; una manta de piel de marta para coche, 160.000 rs.; alquiler de un piso, ó también de un almacén, desde 40.000 á 320.000 reales; un aderezo, 400.000 rs.

Tales y otras muchas son las cosas que quiere el hombre convertido en su propio Dios: no importa que cuesten mucho, porque á trueque de tenerlas, todo lo pone en venta, hasta su alma ¹. Aquí me detengo, pues sería imposible decir las consecuencias morales, ó más bien inmorales, de este lujo desenfrenado; esto es: sería imposible decir hasta qué punto de maldad é ignominia conduce á to-

¹ «Nihil est iniquius quam amare pecuniam; hic enim et animam suam venalem habet». (Eccli., x, 10.)

das las clases de la sociedad esta segunda concupiscencia, hija legítima del error desastroso que combatimos. En la carta siguiente hablaremos de la tercera.

Tu afectísimo...